

obras premiadas en los concursos literarios
(de poemas y de relatos breves)

*De cuyo nombre
no quiero acordarme*

ediciones
abrelabios

De cuyo nombre no quiero acordarme

primera edición para distribución electrónica gratuita,

a partir del sitio <http://lsdrevista.todouy.com>

©revista LSD, Estandarte.com y Obelisco Press

©ediciones *abrelabios*

¡Encará, Demián!

©Alvaro Antonio Dell'Acqua Pedreira

Inés

©Andrés Medero

Enemigo propio

©Carlos Andrés Villa Farías

Desértico

©Verónica Natalia Núñez Vargas

Imagen de portada y contraportada: con base en ***Judith*** de Alina Di Natale Piazza

<http://alinadinatale.com>

Diseño de portada y diagramación: abrelabios

Cuidado de la edición: Zenia García Ríos

esta es una coproducción de
ediciones *abrelabios* y revista **LSD**
revistalsd@gmail.com

obras premiadas en los concursos literarios
(de poemas y de relatos breves)

De cuyo nombre no quiero acordarme

Montevideo, Uruguay, 2005

para destacar

realizar un concurso de carácter internacional desde la pequeñez de un territorio como el uruguayo y, dentro de éste, desde el diminuto Instituto de Profesores “Artigas” es una aventura difícil de suponer. tanto como de concretar.

planificarla, darle forma (más o menos creíble para sus propios gestores), buscar los apoyos internacionales que impliquen una difusión acorde a la pretendida originalmente, son pequeños detalles entre toda la maraña de elementos que deben considerarse para una empresa de estas características.

sin embargo, la propia existencia de la revista LSD era, en sí misma, la confirmación de que los posibles resultados de la experiencia bien valdrían este esfuerzo.

y, aunque poco signifique, nos importa dejar constancia de nuestro agradecimiento -a través de algunos nombres- para con todas aquellas personas e instituciones que, con generosa entrega, nos acompañaron en este proyecto cultural de imprevisibles resultados: en las relaciones públicas de LSD, al infatigable compañero Pablo Fernández; en el cuidado de las ediciones de abrelabios, a la siempre oportuna consejera Zenia García Ríos; en la valoración cualitativa, a la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República, que declaró de interés cultural las actividades de LSD; en la difusión internacional de las convocatorias, a la Guía del Uruguay, que no sólo nos proveyó de alojamiento web sino que también se ha encargado de una vasta difusión de nuestro sitio y actividades, a Estandarte.com (de España) y a ObeliscoPress (de Argentina) y especialmente, en esas empresas, a María López (del Departamento de Patrocinio de Estandarte.com), por la paciencia y comprensión que tuvo para con nosotros y al escultor y gestor cultural Helios Buirra (en su calidad de editor de ObeliscoPress), por su apoyo incondicional y solidario.

De cuyo nombre no quiero acordarme, nombre convenido para la convocatoria de estos concursos de poemas y de relatos breves, constituyó

-desde nuestras posibilidades- la forma de plegarnos a los festejos mundiales por el aniversario de la primera edición de **El Quijote**.

si los resultados en ambos rubros, en cuanto a participación y calidades, pudieron haber sido mayores, es una cuestión que ya forma parte de los análisis y preocupaciones de nuestras próximas convocatorias. no obstante, difundir lo que nuestros jurados seleccionaron para destacar, es el sentido verdadero de esta edición especial que realizan la revista LSD y ediciones abrelabios. con el placer de siempre y con la secreta esperanza de que seas el lector que este libro aguardaba.

Wilson Javier Cardozo
redactor responsable de LSD

Acta del Jurado.

El Jurado del primer concurso internacional de relatos breves *De cuyo nombre no quiero acordarme* -convocado por la revista LSD (Uruguay), con el patrocinio especial de **Estandarte.com** (España) y **Obelisco Press** (Argentina)- reunido en la ciudad de Montevideo, Uruguay, el 29 de junio de 2005, resuelve:

- 1) Conceder el primer premio, consistente en la publicación electrónica -en los sitios de la revista organizadora y de los patrocinantes- e impresa -en la segunda edición anual de LSD 2005- a la obra *Encará Demián* presentada bajo el seudónimo *El pulular de los gansos*.
- 2) Conceder el segundo premio, consistente en la publicación electrónica -en el sitio de la revista organizadora- e impresa -en la segunda edición anual de LSD 2005- a la obra *Inés* presentada bajo el seudónimo Fernando Cardona.
- 3) Conceder una mención, consistente en la publicación electrónica -en el sitio de la revista organizadora- a la obra *Enemigo propio* presentada bajo el seudónimo *Tierra de Nadie*.
- 4) Destacar como hecho interesante la enorme cantidad de relatos (85) que se presentaron, a pesar de la brevedad de los plazos del llamado a concurso, así como el amplio espectro de lugares de procedencia de los mismos (12 países).
- 5) Invitar a la revista LSD a proseguir la realización de este certamen, dado el éxito evidenciado en esta primera oportunidad que demuestra el interés despertado entre los creadores.

Abiertos los sobres, se comprobó que, en el orden mencionado, los seudónimos correspondían a:

Alvaro Antonio Dell'Acqua Pedreira

Andrés Medero

Carlos Andrés Villa Farías

grupo asesor de la editorial *abrelabios*

Alvaro Antonio Dell'Acqua Pedreira

¡Encará, Demián!

Mis ideas suicidas datan, si mal no recuerdo, de hace cinco o seis meses. Pero que empezaron a pisar con pie firme en mi cabeza no hará más que unas pocas semanas. Al principio jugueteaba con el asunto imaginando métodos cinematográficos para concretar mi mortal designio. Me veía a mí mismo cayendo desde la cumbre de un edificio de cien pisos o volando al vacío como parte de un comando kamikaze. Pero después empecé a sopear sistemas más atinados a los propósitos suicidas de un tipo como yo, nacido en las calles de Montevideo y no en los altares de Hollywood.

No fue sino aún más tarde cuando mis mortíferos pensamientos se proyectaron más allá de mi fuero interno y me dispuse a compartirlos con mi esposa. No tenía claro si deseaba o no hacerlo; pero, por si acaso, quería conocer su opinión.

Se lo dije con cuidado, ya que uno nunca sabe cómo pueden caer estas cosas. Creo que el introito fue excesivo, porque luego que le dije:

—Estoy pensando en suicidarme.

Ella suspiró aliviada y me respondió:

—¡Qué susto me diste! Creí que le había pasado algo a mamá.

—Es que no sabía si ibas a estar de acuerdo -me excusé.

Me dio un cálido beso en la boca, y luego agregó:

—Siempre dije que voy a apoyar cualquier proyecto que emprendas.

Y, ciertamente, ella ha estado conmigo en todas las grandes decisiones. Pero esta vez era diferente. No sólo era una decisión importante. También era bastante delicada. Al fin de cuentas, uno no se suicida todos los días.

Su reacción me dejó, no obstante, un saldo de duda. No sabía si estaba realmente de acuerdo conmigo o si sólo se disponía a respetar mi determinación, mal que le pesara.

Le hice saber mi inquietud.

Me dio otro beso, esta vez en la mejilla, y con una sonrisa en los

labios me dijo:

–Bobito. Sabés que yo quiero lo mejor para vos. Y si eso significa estirar la pata, bienaventurada sea esa estirada de pata.

–Pero ¿y vos? ¿Qué va a ser de vos sin mí? -le pregunté, haciendo entrever un dejo de preocupación.

–¡Qué cabecita! ¿No será todo esto un reflejo de tu propio miedo? ¿No estarás buscando excusas en los demás para ocultar tu propio temor al más allá?

–Sí, puede ser, pero... -balbuceé.

–Es normal, mi amor. ¿A quién no le pasa? Nadie sabe qué carajo hay del otro lado. Pero el miedo no puede paralizarte.

–Sí, pero... ¿y nuestro hijo? ¿No pensaste en nuestro hijo?

No le podíamos hablar del tema a nuestro pequeño Martín, quien sólo tiene tres años y no iba a entender un corno de lo que hablábamos.

–No le busques la quinta pata al gato -dijo, fastidiándose un poco- ¿Cuántos niños hay que crecen sin una figura paterna? Entiendo que veles por el bienestar de nuestro hijo, pero tampoco es bueno que lo sobreprotejas tanto. Tenés que dejar de hincharle tanto las bolas al gurí.

–Sí, es cierto, pero... -mepecé a decir, pero no dije nada más.

Al día siguiente, y luego de andar zigzagueándole al tema una y otra vez en mis sesiones de psicoanálisis, me decidí a tratarlo. Mi terapeuta fue más cauteloso que mi esposa, y me instó a poner el freno de mano.

–Pensalo. -me dijo- No te apures a decidir. Porque esta es una de esas decisiones que no tienen vuelta atrás; salvo, claro está, que se trabe el tiro, se rompa la cuerda o algún imbécil cierre la perilla del gas.

Le expliqué que la idea venía rondando en mi cabeza desde hacía ya algún tiempo y que todavía no había logrado tomar ninguna determinación.

–Hacés bien. Tomate todo el tiempo que sea necesario. Tené en cuenta que estás a punto de tomar la que puede ser la última gran decisión de tu vida.

Cuando salí no tenía las cosas más claras. Pero había vencido la reticencia a expresarme al respecto. Es como el sexo: una vez que uno se anima a hablarlo, lo habla hasta con los árboles.

Así que cuando el fin de semana siguiente nos reunimos en el tradicional almuerzo dominguero con mi padre y mis dos hermanos les pude decir sin titubeos:

-¿Saben? Creo que voy a suicidarme.

-¡Hay que tener agallas para eso! -aclamó papá, con admiración.

-Sí, pero no te precipites -atenué yo-. Todavía no tengo nada resuelto.

-Cuando lo hagas, avisame. -me pidió uno de mis hermanos- Desde chico, siempre soñé con asistir a un suicidio. Mamá sólo nos llevaba a conciertos de música clásica.

-¡Por fin algo emocionante en esta familia de seres opiáceos y aburridos! -exclamó mi otro hermano.

Como mi madre no había ido a la reunión, a la noche me conecté y le mandé un mail.

La noticia se expandió como reguero de pólvora y ya no podía salir de casa sin que alguien me hiciese un comentario. Algunos se sorprendían de verme, como si supusieran que ya era boleta. Otros se apuraban a reclamarme algún dinero que les debía. Estaban los que me contaban historias de allegados suyos que se habían suicidado, algunos sin escatimar en detalles escabrosos, o bien me daban consejos para la mejor concreción de mi designio suicida.

Mis amigos estaban muy entusiasmados con la novedad. Desde el cambio de sexo de Adrián (ahora Adriana) a fines del año pasado, nadie tenía algo interesante para contar.

Justamente, fue Adrián quien me dijo:

-La idea es *cool*... pero no te apresures. No te vaya a pasar como a mí, que me cambié de sexo para levantarme a una lesbiana y la tipa jamás me registró.

-Mirá -dijo Martín, notando un gesto de preocupación en mi rostro-. Por nosotros no te quemés. Si decidís hacerlo no te vamos a echar de menos. Pero en el caso que optes por vivir, sabés que podés contar con nosotros igual que hasta ahora. Para lo que quieras.

Y Yamila, la enana Yamila, me dijo:

–Mi papá tiene una Magnum 44. Si querés, se la puedo pedir. Es de esas que te pegás un tiro y te vuela la sabiola como de aquí a la Antártida.

–Yo creo que si lo vas a hacer te conviene algo rápido y eficaz -complementó Luciano-. Lo que dice Yami está bien. Un tiro en la boca es certero y veloz. Nada de esas pajerías como dejar abierta la llave del gas o cortarte las venas. Eso casi nunca funciona.

–Que no va a funcionar... -discrepó Joaquín- Mi hermana abrió la llave del gas y le fue bárbaro. No sólo se murió ella; también palmaron los del 303.

–Sí, tá. Pero no es seguro y lleva tiempo. En cambio con la pistola es sencillo: un bang y listo: a la puta que lo parió.

–Yo qué sé. Me parece demasiado simplista -acotó Joaquín.

–Loco, ¿qué problema hay con que se pegue un tiro? -se metió Martín.

Yamila intervino:

–Bueno, muchachos, dejemos que sea Demián el que decida. Al fin de cuentas es él quien se va a suicidar.

–¡Pegate un tiro, Demián! -exclamó Luciano.

–¡Nada como inhalar gas antes de morir! -sostuvo Joaquín.

–Chicos. No se apresuren, todavía no tengo nada decidido -dijo.

–Bueno, pero en el caso que... -empezó a decir Joaquín.

–Yo estoy de acuerdo con Luciano -dijo Martín.

–Yo creo que los dos tienen un poco de razón -opinó Yamila-. El tema es qué tipo de muerte quiere Demián. No es lo mismo una muerte rápida como la que propone Luciano que la lenta agonía que pregona Joaquín.

–¡Haceme caso, Demián! ¡Un tiro no falla nunca!

–¡Me va a hacer caso a mí, te apuesto! -le desafió Joaquín.

–¿Cien dólares? -propuso Luciano.

–Tengo sólo cincuenta.

–Hecho.

El gran tema era que se había generado una bola de rumores imposible de parar. Las voces populares me habían ya matado de todas las formas

posibles. Empecé a sentirme presionado. Porque lo cierto es que aún no tenía nada resuelto. Seguía balanceando los diferentes aspectos de la cuestión y no llegaba a nada. La familia, los amigos, todo pesaba. Pero, al fin de cuentas, no eran más que excusas. Pretextos, me decía yo. ¿A quién querés engañar, Demián? Lo que te atemoriza es ese momento. ¿Verdad? Y después, ¿qué habrá después? ¿Quién tiene razón? ¿Los católicos? Si ellos están en lo cierto, entonces estás perdido. Has violado todos los mandamientos; excepto el que dice *No mencionarás el santo nombre de Dios en vano*. Ese no lo habías violado hasta ahora, que mencionaste su santo nombre en forma completamente inútil, sólo para decir que jamás lo habías mencionado. Si serás imbécil. Ahora sí que estás listo. Salvo que te confieses, claro. ¿Y si existe la reencarnación? Eso sería duro de afrontar. Tener que volver a pagar por todo el daño que causaste en esta vida. Y eso sin contar las vidas anteriores. Pero las otras están muy detrás y no sabemos qué hay de ellas. Lo que nos preocupa es esta vida. Tampoco es que esté plagada de actos terribles. Recordá cuando salvaste aquel gato. ¿Te acordás? Se moría. Lo pisaba el auto si no te parabas delante de él, en medio de la calle, y obligabas al conductor de aquel Renault 2000 a desviarse y estrellarse contra una columna. Murieron todos; pero el gato se salvó. Era blanco y negro. Después lo mataste de hambre. Pero ese último tramo de vida fue vida que vos le diste, Demián. Fue una bendición tuya desde el momento en que lo salvaste de una muerte segura en aquella esquina de Bulevar Artigas y Colorado. ¿Quién puede castigarte por poner plazo límite a una bendición? Y están los que murieron en el auto. Eso fue un accidente. Vos querías salvar al gato. Pero no por eso vamos a decir que estás libre de homicidios intencionales. Acordate de tu tía Eustaquia, que en paz descanse. Cómo la asesinaste, hijo de puta. Y también has cometido violaciones, secuestros, raptos, extorsiones, copamientos, hurtos simples y agravados, rapiñas, atentados violentos al pudor, lesiones graves, profanaciones de tumbas, difamaciones e injurias, desacatos, ultrajes públicos al pudor, instigaciones públicas a delinquir y quién sabe qué más.

No, mentira. Sabés bien que es mentira. No serías capaz de hacer nada semejante, por más que has pasado horas y horas de tu vida tramando

sangrientas venganzas, descomunales atrocidades y actos diabólicos. Pero jamás fuiste capaz de realizarlos. ¡Ni siquiera fuiste capaz de terminar con ese estúpido gato! Tuvo que morir de viejo ese hijo de puta.

A la mañana siguiente volví a ver al psicólogo. Le dije que había tomado una decisión.

–Voy a hacerlo.

–¿Lo pensaste bien?

–Sí... Me pasé todo el tiempo meditando acerca de eso. Hasta evalué los métodos. Me di cuenta que una muerte brusca no la resistiría. Tampoco una agonía lenta. Creo que voy a tomar veneno. Es lo único que funcionaría, en mi caso.

–Te veo muy decidido -dijo el psicólogo-. Estás demasiado consustanciado con la idea de envenenarte, por lo que creo que te voy a dar pase a psiquiatra.

Me recomendó el nombre de un psiquiatra y me dijo que lo fuera a visitar en la tarde. Me extendió el pase.

Le hice caso.

–¿Estás seguro que querés suicidarte o se trata sólo de un arrebatado pasajero? -fue lo primero que me preguntó el psiquiatra.

–Completamente seguro -respondí.

–¿Lo has hablado con amigos y familiares? ¿Apoyan tu decisión?

–Mi madre aún no me respondió. El resto, por lo general, sí.

–Está bien -concluyó.

Tomó el recetario y comenzó a escribir en él, pero de golpe se detuvo, como recordando algo.

–¿Sos alérgico? -me preguntó.

–No, ¿por qué?

–El cianuro está contraindicado para alérgicos.

–¿Por?

–Se podrían brotar.

–Bueno... total, me voy a morir.

–Sí, claro. –asintió el psiquiatra- Pero no olvides que el velatorio es la última oportunidad de dejar una buena impresión.

–Está bien. De todos modos, no soy alérgico –le repetí.

Me dio la receta para una dosis de cianuro. Antes de que me fuera me dijo:

–Vení a verme dentro de quince días... –y enseguida se retractó- Perdón, no dije nada.

Cuando llegué a casa no estaban ni mi mujer ni mi hijo. Sobre la mesa de la cocina había un papel que decía:

“Fui con Martín a lo de mi hermana. Si te matás, llamame. Te quiero. Ceci.”

La llamé. Le comenté mi decisión. Luego nos dijimos todas esas cositas lindas que se dicen las parejas cuando van a separarse a causa del suicidio de uno de ellos, y nos despedimos.

Revisé el correo por última vez. Lo que son las cosas. Mamá había escrito. Me decía:

“Hijo mío: Si recibís este mail es porque aún no has tomado la decisión que viene rondando en tu cabeza, según has dicho, desde ya hace un buen tiempo. En primer lugar, debo disculparme por no haberte respondido antes. He estado muy ocupada últimamente, casi ni he tenido tiempo de sentarme frente a la computadora. De todos modos quiero decirte que voy a estar apoyándote en cualquier decisión que tomes y que podés contar conmigo para lo que quieras. Estás a punto de dar un gran paso en tu vida, y aunque ese paso sea hacia fuera de ella me pone orgullosa saber que estás encarando la situación con madurez. Y te digo una cosa: es normal que dudes. A quién no le pasa. No es algo que se decida a las apuradas, hay que tomarse su tiempo. Tu primo Valerio estuvo cinco meses para hacerlo. Y mirala a tu tía Hortensia, todavía sigue que sí, que no...”

Te voy a pedir que me tengas informada acerca de cualquier cosa que decidas. Mandale muchos besos a Ceci y a Martincito.

Te quiero.

Tu mamá”

Le respondí en el acto. Le dije que había tomado la decisión y que lo iba a hacer. Un par de horas después, aquí estoy, escribiendo estas líneas, por si alguien quiere leerlas. Pero ya acabo. Allí está la píldora que me

transportará... ¿hacia dónde? ¿Cómo será ese momento? ¿Me encontraré con los que se fueron antes? ¿Arderé en el infierno? ¿Me darán otra vida; aquí o en alguna parte? Ahora lo vas a saber, Demián. Se terminó el tiempo de la especulación. Estás metido hasta el caracú con todo esto, pero para bien o mal ya todo va a terminar. Tenés que encarar. ¡Encará, Demián! ¡Encará!

Andrés Medero

Inés

Había venido del interior, no sé de qué parte, sé que no era de Montevideo, me enteré cuando escuché que le contaba a una amiga que había recibido una encomienda que sus padres le habían mandado. Como la amiga sí era de Montevideo, ella le aclaraba la enorme importancia que tenía recibir esos paquetes enviados desde el hogar materno, la expectativa que generaba su contenido incierto, que nunca pasaba de ropa, comida y algunas noticias familiares -se los abre casi ritualmente- llegó a decir en voz baja, pero de todas formas escuché cuando agregó que estaba triste porque no había tenido con quien compartir aquella ceremonia, porque no había podido correr de un lado al otro del minúsculo apartamento con los distintos objetos en sus manos a medida que los iba sacando del paquete para mostrárselos a alguien que compartiera por ellos su misma momentánea, efímera emoción. Se había limitado a ponerlos sobre una mesa de madera desnuda, a sentarse en una silla para mirar sin ver un buzo de lana rojo tejido a mano en punto inglés prolijamente doblado, acompañado por una tarjetita de cumpleaños infantil en la que se leía para que no pases frío, Inés, ahora que se viene el invierno, unos libros usados, que seguramente la madre pensó que le podían ser de tanta utilidad como el buzo, y unos buñuelos de acelga cariñosamente envueltos aparte.

No escuché lo que le contestó su amiga porque el bullicio se hizo más fuerte, seguramente trató de reconfortarla, de darle ánimo; ella confesó tímidamente que se sentía sola, casi con vergüenza dijo que se quería volver.

Ellas, igual que yo, estaban esperando unas fotocopias en un kiosco lleno de otras personas, de otras conversaciones; en ese momento le alargaron un sobre gris lleno de hojas, era lo que ambas habían estado esperando; una fracción de segundos más tarde otra persona me alcanzó mis copias; mientras las conversaciones continuaban, los tres salíamos del kiosco con pequeños pasos, casi a los empujones y repitiendo, por mera formali-

dad, aquello de permiso, permiso.

En un respiro alcancé a escuchar que ella decía aún todo está por decidirse para mí. Con esa simple frase me recordó un cierto optimismo momentáneo que yo solía sentir de a ratos.

Una vez en la vereda, se despidió de la amiga que no parecía tener una preocupación sincera por ella, simplemente se limitaba a aparentar que así era, jugaba su juego de apariencias, como lo hacemos todos; como es nuestra costumbre.

Ella siguió sola su camino. Atrás quedaron la Facultad, la amiga, el kiosco y las apariencias; por lo menos, hasta el día siguiente. Cruzó en diagonal una plaza céntrica para llegar a la parada, no debió esperar mucho para que, a tres cuadras de distancia, alcanzara a leer borrosamente el destino del ómnibus que la llevaría hasta su casa.

Debía caminar cinco cuadras después de bajar del ómnibus; al hacerlo, se encontraba en un cruce de avenidas; por una de ellas, continuaba el ómnibus su recorrido; por la otra -pero cinco cuadras más abajo- vivía Inés en un edificio viejo, verdaderamente viejo, que -pese a todo- conservaba un cierto cariz de esplendor.

Era una construcción de dos pisos de apartamentos pegados unos a otros; en el piso superior había dos claraboyas circulares sin rejillas y con los vidrios rotos, las manchas de humedad tomaban mil formas distintas proyectadas en un techo que hacía las veces de lienzo blanco. Además de las dos derruidas claraboyas que permitían entrar al invierno libremente, había una salida a la azotea que estaba cubierta por una suerte de compuerta corrediza de madera pintada con un marrón fuerte totalmente descascarado. Había una escalera, igualmente pintada y descascarada, suspensa en el techo blanco por una soga verde que al desatarse descolgaba la escalera de apariencia ingrátida y permitía subir a colgar la ropa en la azotea.

Inés vivía en el piso de abajo; se alcanzaba su apartamento caminando por un largo corredor, un corredor exageradamente largo y oscuro. No había una sola luz en los corredores de todo aquel edificio. Después Inés me dijo que gente de la calle entraba y se robaba las lamparitas.

Incluso gente que no tiene donde dormir duerme en los corredores

porque la puerta del frente no tiene cerradura; pero, si la dejamos cerrada, no corre una gota de aire y prefiero pasar frío a soportar estos olores a caño. ¿Ves ese caño que está ahí? Es de la graseira de la vecina del apartamento de arriba; mirá dónde es el desagüe. Justo al lado de la ventana de mi cuarto; eso, apenas llueve, se tapa y empieza a salir un olor... Por más que cierre todas las ventanas, es insoportable. Y si cierro todas las ventanas me ahogo. A veces, por el pozo de aire lo único que baja es un vaho de comida, asqueroso, y yo me mareo y no puedo respirar.

A lo largo del corredor había dos apartamentos, pero el edificio tenía una parte del corredor perfectamente inútil, ciego, las paredes estaban empapeladas por un papel florido, digo florido porque tenía flores, pero todas eran de un mismo tipo y color, todas salían florecientes en ramo de unos recipientes pequeños que apenas alcanzaban a contener una mínima porción de los tallos de aquellas flores rosadas. Donde no estaban estos salpicones de rosado, el papel era blanco, o lo había sido en algún tiempo. Pero ahora, más que empapeladas, las paredes del edificio estaban cubiertas de papel sucio. El corredor terminaba en la entrada a otro apartamento que había sido ganado completamente por la oscuridad y estaba abandonado. No era el único; en el piso de arriba, gemelo con el de abajo, había otro apartamento abandonado. Por lo tanto, hasta donde pude saber, en aquel edificio vivían Inés, una anciana que era vecina del corredor de ella y, en el piso de arriba -en uno de los apartamentos- una mujer sola, en otro, otra mujer que vivía con su marido y -en el último habitado- un matrimonio de ancianos que se desentendían de todos y de todo. Y todos se desentendían de ellos porque los ancianos tenían un balcón a la calle; su apartamento era el único que daba a la calle y no a los pozos de aire. Con ello era más que suficiente para que todos se desentendieran de ellos y ellos se desentendieran de todos y de todo, principalmente del papel tapiz.

La tercera o la cuarta vez que visité a Inés en su apartamento me di cuenta que no había exagerado en nada el vaho que bajaba por los dos pozos de aire; ese olor insoportable se había filtrado, después de tantos años, en las paredes de todo el edificio como si fuera agua y, paulatina e incansablemente, había ido ensuciando el papel florido que en algún tiempo

se debió mostrar suntuoso y debió alimentar diariamente la soberbia de quienes por entonces vivían en el edificio.

Inés vivía ahora en ese apartamento porque se lo había prestado una amiga de un pariente suyo que no lo necesitaba para nada, como suele ocurrir en muchos casos, y permitía que esa muchacha del interior se quedara allí mientras cursaba la carrera de Derecho.

No tenía otra opción más que vivir ahí todo el tiempo que aguantara, pero ella no llegaba a explicarse cómo la señora que vivía sola en el apartamento de arriba se enorgullecía de alquilarlo hacía cuarenta y dos años, según decía a todo el que entablara conversación con ella. Eso mismo hice yo una mañana que nos cruzamos en el corredor. Ella venía del almacén de comprar sus propios víveres y los de la anciana vecina de Inés. La señora me explicó: la pobre viejita, María, no tiene a nadie y apenas puede moverse. Doña María, al escuchar voces conocidas, se acercó a la puerta del apartamento pero no se atrevió a abrirla hasta que escuchó de labios de la mujer abrí María, soy yo. En un tremendo esfuerzo la anciana abrió la puerta y, en uno no menor, extendió los brazos para tomar un flautín envuelto parcialmente en papel manteca, otro paquete encintado donde probablemente habría alguna variedad de fiambres y quesos, y un litro de leche que vencía ese mismo día; a doña María no le alcanzó la plata para pagarle a la mandadera que le hacía el favor todas las mañanas de perdonarle cinco pesos, pero -para no herirla en su susceptibilidad- todos los días, con voz firme, recalcaba que de tarde pasaría a reclamar los cinco pesos que la vieja le adeudaba; cosa que, claro está, nunca hacía.

Luego de que doña María cerró la puerta, me dediqué a hacerle toda suerte de preguntas acerca del edificio a aquella mujer solitaria que había quedado parada frente a mí en medio del corredor. No me interesaba conocer la respuesta a ninguna de mis preguntas, lo que ocurría es que la mujer que le traía todas las mañanas el desayuno a doña María me intrigaba profundamente; no era una mujer de apariencia generosa, sino todo lo contrario, una mujer mezquina y solitaria, así la habían forjado la vida, el azar y las circunstancias. Y eso precisamente era lo que me intrigaba. La generosidad se emparenta muy cercanamente con la esperanza (si se me permite la pala-

bra) y la esperanza con el perdón. Esta mujer, próxima a los sesenta años, había comenzado a perdonar, transitaba el camino inverso de la inocencia a la mezquindad; forzada, volvía, estación por estación, a la esperanza, a la generosidad de llevarle a doña María el desayuno. Estas son meras suposiciones, porque nada en ella revelaba nada acerca de sí misma, así que lo único que obtuve fueron las respuestas que dio a mis preguntas. Vine a enterarme que el edificio no era un edificio, era una construcción de apartamentos del año mil novecientos cuarenta y cuatro donde cada uno de ellos no tenía más de treinta metros cuadrados y eso hacía imposible su venta por una disposición legal, entonces se alquilaban; pero, en mil novecientos setenta y siete, esa disposición dejó de existir y los apartamentos comenzaron a venderse. Se vendieron todos los apartamentos, menos el de ella, que lo siguió alquilando al antiguo dueño del edificio durante unos años más.

Un tal Mastaldi, me dijo. Yo hace cuarenta y dos años que soy inquilina, fui de las primeras personas que viví acá; cuando Mastaldi se separó de la mujer vendió mi apartamento, pero el que se lo iba a comprar le puso como condición para adquirirlo que yo siguiera siendo la inquilina. ¿Dónde iba a encontrar otra inquilina como yo? Lo tengo impecable al apartamento, nunca hubo que hacerle un solo arreglo; igual, son –los dos– bacanes y están tirados para atrás.

Al terminar esa frase la pobre mujer se rió socarronamente, como si hubiera dicho algo que estaba prohibido decir, como si hubiera terminado de cometer una travesura o un crimen, como si se estuviera desquitando del señor Mastaldi y del otro, el actual dueño del que ni siquiera sabía su nombre pero que, en definitiva, era un Mastaldi más. En eso nos interrumpió otra persona. Era la mujer que vivía con el marido en uno de los apartamentos de arriba. La mujer hablaba exageradamente rápido, pronunciaba palabra tras palabra sin respiro; demoré unos instantes en percatarme de qué estaba hablando. Le contaba a la otra mujer acerca de un sobrino que se había ensuciado la túnica y ahora había que comprarle otra.

La madre le preguntó cómo se había ensuciado la túnica de esa manera; él contestó que había sido comiendo chocolate y la madre le dijo pero si en la escuela no venden chocolates. La cosa es que llegó a la casa con un

olor a mierda insoportable, concluyó la mujer de mejillas regordetas y rojas como manzanas. El marido me había dado los buenos días; era un hombre parcialmente calvo, el pelo que le restaba era grisáceo; tenía un pantalón deportivo azul, unas alpargatas y una camisa a cuadros marrón y blanca. Había estado escuchando a su mujer con una expresión de fastidio y, cuando la mujer dijo mierda, el hombre exclamó ¡Ana! Con tan sólo pronunciar el nombre de su mujer, fue más que suficiente para que ella se callara, se despidiera de su vecina, me diera a mí los buenos días y terminara de salir del edificio.

El hombre, sin quitar de su rostro la expresión de fastidio, volvió a saludarme y salió detrás de su mujer. La inquilina dijo bueno, va a tener que disculparme. Y se fue para su celdario.

Seguí por el corredor hasta el apartamento de Inés, le conté las conversaciones que había tenido con sus vecinos en el corredor, pero ella ya las había escuchado. No sólo porque se escuchaba todo lo que sucedía en el corredor, sino porque la historia de Ana ella la había escuchado hacía unos cuantos días, cuando se la contaba a alguien por teléfono.

Se escucha todo, comenzó a decir. Todo. Cuando habla por teléfono, cuando habla con el marido, cuando habla con la hija que la viene a visitar junto con los nietos que, encima, están a los gritos. Cuando mira televisión la escucho como si el aparato estuviera en el comedor de mi apartamento. A mí me da vergüenza porque ellos también deben escuchar todo lo que yo hago y digo; tengo siempre la sensación de que alguien me está mirando. No puedo estudiar en medio de tanto ruido. Ya no sé qué hacer. Ni siquiera corre aire en esta porquería. El estúpido de mi novio, cuando le expliqué todo lo que me está pasando, me dijo comprate un ventilador.

Yo simplemente la miraba. Siempre llevaba su cara desnuda, lo que es una gran virtud en una mujer, sin dudas. Era hermosa, el pelo largo y negro le caía hacia la izquierda por más que ella ahora se pasara las manos por el pelo repetidas veces, agachara la cabeza y se la tomara con ambas manos, o se apretara la frente con la palma de la mano apoyando el codo izquierdo en la mesa de madera. Un grupo de canas le había comenzado a nacer exactamente donde había apoyado la mano: las hebras blancas le

nacían en la mitad de la frente, justo donde comenzaba a inclinarse su cabello. Estaba más delgada que unos meses atrás; su cara, más blanca, daba lugar a unas crecientes ojeras que acentuaban el rojo gastado del buzo de lana que le había mandado su madre.

Ella no sabía qué más hacer; en verdad, no podía hacer nada más. Eso precisamente era lo que quería escuchar de mí, pero yo ni iba a pronunciar esas palabras. Soy egoísta como todos; decidí mantenerme en silencio y así lo hice.

Ella continuó: mi madre y mi padre me extrañan, yo extraño la casa, mis amigos, la ciudad, todo. Mi novio me dijo que se puso el consultorio en la casa de los padres, que le compraron el sillón de dentista y le van a comprar lo que necesite; le falta muy poco para recibirse. Yo, acá, creo que hice todo lo posible, hice todo lo que pude, extraño mucho y esto ya es insoportable, insoportable.

Dejó caer su cabeza abatida hasta que el mentón le rozó el pecho rojo; levantó lentamente la frente, me miró con unos ojos negros exageradamente abiertos y dijo: Me vuelvo.

Enemigo propio

Era el final del día y Cecilia estaba cansada; entre la rutina y los estudios apenas le quedaban fuerzas. Llegó a su edificio; vivía en el octavo piso y siempre subía por las escaleras, pero hoy no; hoy tenía que hacer algo que odiaba, tomar el ascensor. No lo odiaba porque fuera claustrofóbica y no tenía problemas con otros elevadores; *ese*, como le llamaba, la hacía sentir incómoda, sentía que la tragaba y comenzaba a digerir sus pensamientos, como escudriñando su alma en busca de una mancha.

Cuando lo llamó, *ese* chirrió y sonó como una risita enfermiza. La luz marcaba que estaba en el décimo piso y, sin embargo, apareció desde abajo por el subsuelo del estacionamiento.

Cecilia dudó en subirse porque podía tener alguna falla. ¿Y si se cae justo hoy que lo uso? -pensó. Pero *ese* abrió sus puertas metálicas apaciblemente con un musical sonido, prácticamente invitando a subirse como una amable azafata.

Ella se detuvo en la puerta asomando la cabeza. Estaba vacío. Bueno, es sólo un ascensor y no puede hacer nada -se dijo, sin saber que no podía estar más equivocada. La puerta comenzó a cerrarse, apurándola; ya no era tan amable y Cecilia se deslizó dentro, de un salto. Pulsó el botón para su piso y recibió una pequeña descarga eléctrica.

-Ay -gritó Cecilia.- ¡Desgraciado, me mordiste!

Ese comenzó a moverse y la luz marcaba unos cinco segundos un nuevo piso. “Por ahora todo bien.” *Ese* continuaba subiendo con un traqueteo continuo; tiqui, tiqui, tiqui, tac, cuarto piso; tiqui, tiqui, tiqui, tac, quinto piso; tiqui, tiqui, tiqui, tac, sexto piso. No era para tanto -pensó Cecilia. Pasaron el séptimo piso y acomodó su cartera en el hombro, para bajar. Cuando se detuvo, las puertas no se abrieron; ella era suya ahora. Las luces se apagaron a la vez que casi se le apaga el corazón a Cecilia. A oscuras sólo veía la luz indicadora de los pisos oscilando entre el séptimo y el octavo; ya no oía tiqui, tiqui, sólo tacs, tacs cada vez más continuos y fuertes. “¡Ay, dios mío!” -dijo Cecilia- “se está riendo.” Las piernas le temblaban y

se sentía débil. Evitó recostarse contra la pared; no quería tocarlo. Quería bajarse, irse lejos de allí; intentó gritar, pero la oscuridad le tapó la boca. Las luces volvieron y pudo ver que algo chorreaba de las paredes, parecía sangre. Pudo gritar y lo hizo con todas sus fuerzas una y otra vez; la garganta le dolía como si estuviera tragando carbones encendidos. *Ese* se sacude y vuelve a moverse ascendiendo hasta el séptimo piso con su traqueteo particular de tacs y tacs. Se detiene y lanza otro chirrido, pero más grueso que el anterior y Cecilia sabe que los frenos de emergencia están cediendo. *Ese* se lo dijo.

De pronto, se lanza al vacío a una velocidad tan grande que los pies de Cecilia se despegan del suelo a la vez que comienza a gritar nuevamente y se larga a llorar. Antes de llegar al final de su viaje, el piso desaparece dejando ver una oscuridad espinosa bajo sus pies. Luego, frena bruscamente.

Cecilia, al ver que está por caer en ese vacío, se aferra con todas sus fuerzas al tablero de los botones, partiéndose algunas uñas sin sentir dolor debido al miedo. La situación es exasperante; sabe que va a morir y por eso los calambres en sus dedos pasan casi desapercibidos. Comienza a gritar otra vez.

—¡Ayúdenme! ¡Por favor, ayúdenme! ¡QUIERE TRAGARME! ¡Por favor, ayúdenme! ¡Ayúdenme! ¡QUIERE TRAGARME!

La mitad de su cuerpo estaba sumida en la oscuridad; comienza a sentir en sus piernas unas uñas que se clavan jalándola hacia abajo. Se le ahoga la voz y ya no puede gritar, sólo llora aferrándose al tablero y a los pocos segundos que le quedan de vida.

En su llanto y desesperación le pareció escuchar una voz lejana que, de a poco, se fue acercando hasta poder identificar lo oído. Cecilia mira la puerta y ve que comienza a abrirse con dificultad. *Ese* lanza un aullido y las manos que aferraban las piernas de Cecilia clavan más profundamente las uñas en la carne y siente la tibieza de su sangre correrle hasta los pies. Cecilia grita de dolor y desesperación, apretando los dedos con la poca fuerza que le queda; no quiere caer, no quiere morir.

La puerta al fin se abre y puede ver la cara de su vecino, peleando

con la puerta para mantenerla abierta. El no la ve porque tiene los ojos entrecerrados por el esfuerzo. Cecilia estira su mano y se prende del brazo del señor Rodríguez y se lanza fuera del monstruo, cayendo ambos al piso. Ella llora y le duele todo el cuerpo, pero está a salvo; el señor Rodríguez le hace preguntas que ella no puede contestar, su voz aún no le sale.

Ya han pasado varios años y aún hoy Cecilia se niega a subirse a un ascensor, a usar pollera; aún hoy no puede hablar y todavía llora debido a las pesadillas. Aún hoy Cecilia sigue internada en el Viladerbó.

Acta del Jurado.

El Jurado del primer concurso internacional de poemas *De cuyo nombre no quiero acordarme* -convocado por la revista **LSD** (Uruguay), con el patrocinio especial de **Estandarte.com** (España) y **Obelisco Press** (Argentina)- reunido en la ciudad de Montevideo, Uruguay, el 29 de junio de 2005, resuelve:

- 1) Declarar desierto el primer premio.
- 2) Conceder el segundo premio, consistente en la publicación electrónica -en el sitio de la revista organizadora - e impresa -en la segunda edición anual de LSD 2005- a la obra *Desértico* presentada bajo el seudónimo *Sísifo*.
- 3) A pesar que no se considera justa la concesión de ningún otro reconocimiento, se destaca como significativa la respuesta a la convocatoria realizada, habiéndose presentado más de un centenar de poemas en el breve lapso previsto para la admisión de trabajos, fundamentalmente de países latinoamericanos.
- 4) Invitar a la revista LSD a proseguir la realización de este certamen, sugiriendo que en las próximas convocatorias se amplíe el plazo de recepción de los trabajos y se divulgue con más tiempo la convocatoria, procurando que el incremento de trabajos que se presenten vaya acompañado de resultados de excelencia.

Abiertos los sobres, se comprobó que el seudónimo mencionado correspondía a Verónica Natalia Núñez Vargas.

grupo asesor de la editorial *abrelabios*

Desértico

*el hecho es que en la calle desierta
me sentía visible y vulnerable, infinitamente...*

Jorge Luis Borges

Duele
no ser de ningún ser
siendo parte de esta soledad que rompe los ojos
y no hace menos / en el alma.
Así somos de dolientes
sin ser de ningún ser / de otro
pululando en el desierto que rompe los ojos
y no hace menos / en la sobreviviente.
Así estamos / invariablemente
muriéndonos / de silencio
poseyendo / nada.
Acabándonos estamos
desde que nacimos a la luz
a la muerte / a la razón asesina.
Así estamos / circularmente
sin estar / pero pensando
siendo célula inactiva
de la universal / expansionista / ermitaña
soledad.
Así somos / no siendo
vulnerables seres / durmientes
parte ínfima / indivisible
de un todo / tristísimo
de un algo desértico

siendo parte de esta soledad que rompe los ojos
y no hace menos / en el alma que
duele

índice

para destacar

Wilson Javier Cardozo 7

Acta del Jurado

(concurso de relatos breves) 9

¡Encará, Demián!

Alvaro Antonio Dell'Acqua Pedreira 11

Inés

Andrés Medero 19

Enemigo propio

Carlos Andrés Villa Farías 27

Acta del Jurado

(concurso de poemas) 31

Desértico

Verónica Natalia Núñez Vargas 33

la difusión de este libro, electrónica y gratuitamente,
es gentileza de **La Guía del Uruguay**,
que aloja el sitio de la revista LSD en
<http://lsdrevista.todouy.com>



De cuyo nombre no quiero acordarme recoge los resultados de los concursos literarios convocados, bajo esa denominación, por la revista LSD (de Uruguay), con el patrocinio de los sitios electrónicos de Estandarte.com (de España) y de ObeliscoPress (de Argentina).

La selección de tres relatos y un poema de jóvenes autores latinoamericanos, de entre ochenta y cinco relatos procedentes de doce países y más de un centenar de poemas -fundamentalmente de Latinoamérica-, informan de los resultados concretos de esta *aventura difícil de suponer*, como anota el redactor responsable de LSD. *Constituyó -desde nuestras posibilidades, dice el prólogo- la forma de plegarnos a los festejos mundiales por el aniversario de la primera edición de El Quijote.*

Si los resultados en ambos rubros, en cuanto a participación y calidades, pudieron haber sido mayores, (concluye el prologuista) es una cuestión que ya forma parte de los análisis y preocupaciones de nuestras próximas convocatorias. No obstante, difundir lo que nuestros jurados seleccionaron para destacar, es el sentido verdadero de esta edición especial que realizan la revista LSD y ediciones abrelabios. Con el placer de siempre y con la secreta esperanza de que seas el lector que este libro aguardaba.